

# ***Laberinto* de Eduardo Antonio Parra, una nueva versión del laberinto de Creta**

**Gabriela Trejo Valencia**  
Universidad de Guanajuato  
g.trejo@ugto.mx

La ficción de los mitos son nuevos mitos,  
con nuevos cansancios y terrores.  
José Lezama Lima

## INTRODUCCIÓN

Eduardo Antonio Parra (1965) es uno de los representantes más sobresaliente de la literatura del norte, grupo sustantivo de autores que desde la década de los noventa comenzó a mentarse a nivel nacional e internacional.<sup>1</sup> En un primer momento la denominación respondió al propósito de diferenciar esta narrativa con la que se escribía en el centro del país, y aunque es cierto que el nombre puede resultar insuficiente para hablar de todos los escritores convocados, funciona para registrar singularidades e identificar algunas de sus características más importantes, de ahí que en el transcurso de estas páginas echemos mano de dicha etiqueta.

Además de las dos primeras colecciones de cuentos de Parra, *Los límites de la noche* (1996) y *Tierra de nadie* (1999),<sup>2</sup> a finales del siglo pasado las novelas de Élmer

---

<sup>1</sup> Fue Vicente Francisco Torres quien en 1991 agrupó a narradores como Jesús Gardea, Severino Salazar, Ricardo Elizondo Elizondo o Daniel Sada bajo el rubro de Narradores del desierto, denominación pionera que permitió acentuar al desierto como denominador común para estos autores. El rótulo habría de ampliarse después para dar cabida a quienes escribían sobre otros escenarios norteros no necesariamente desérticos, dando paso así a lo que se conocería como literatura del norte.

<sup>2</sup> Desde el inicio de la trayectoria de Parra ya se evidenciaba que: “la ubicación de la historia en la frontera norte estaba trazando un eje imaginario alrededor del cual giraría toda su obra” (Torres, 2007, p. 430). Sería

Mendoza, Luis Humberto Crosthwaite, Víctor Hugo Rascón Banda o David Toscana eran vistas como elementos claves para reconocer las bases de la literatura del norte, bloque al que también se unen Patricia Laurent Kullick, Julián Herbert, Luis Jorge Boone, Rosario Sanmiguel, Felipe Montes, Juan José Rodríguez, Cristina Rivera Garza, César Silva Márquez, Heriberto Yépez, Gabriel Trujillo Muñoz, Luis Felipe Lomelí u Orfa Alarcón.

En palabras de Parra, el grupo “es más bien un movimiento espontáneo” (Aguilar, 2007; párr. 18) que surge de escritores norteños que comparten un espacio teñido por la migración y los conflictos derivados del narcotráfico, comercio de drogas que no es exclusivo de ninguna geografía pero que se recalca en algunos lugares, por lo que la violencia y el narco pueden ser temáticas recurrentes en la narrativa del norte. Es justo decir que no son las únicas columnas que articulan las tramas, pues éstas están tamizadas también por un carácter simbólico que toca a espacios y personajes característicos (el migrante, el coyote, el narcotraficante, la migra, el río Bravo o el desierto de Sonora), un particular manejo del lenguaje norteño (entendiendo que el culichi de las novelas de Mendoza no es el mismo que el regio de los cuentos de Parra o el *spanglish* de los relatos de Crosthwaite) y sobre todo, una probada destreza para escribir sobre individuos en situaciones límites.

Por todo lo anterior, afirmar que “el narcotráfico lo avasalla todo y toda escritura del norte es sobre narcotráfico” (Lemus, 2005, párr. 2), es una sentencia reduccionista que el mismo Parra atajó al responder: “En varias oportunidades, los escritores del norte hemos señalado que ninguno de nosotros ha abordado el narcotráfico como tema. Si éste asoma en algunas páginas es porque se trata de una situación histórica, es decir, un contexto, no un tema, que envuelve todo el país, aunque se acentúa en ciertas regiones. No se trata, entonces, de una elección, sino de una realidad” (Parra, 2005, párr. 3).

Defendiendo el que los autores norteños no se alinean a una premisa, sino que simplemente refieren este ámbito porque es algo anejo a su pluma y consustancial a su

---

en *Tierra de nadie*, donde el autor concentraría de lleno sus relatos en el núcleo fronterizo, la tierra sin dueño a la que el migrante aspira dejar atrás para empezar una nueva vida.

cosmovisión, Parra admite en diversas entrevistas la fuerza de la literatura del norte<sup>3</sup> y reconoce las fortalezas y singularidades en las obras referidas por esta etiqueta, entre ellas destaca: “la omnipresencia del paisaje y el clima en los relatos, la proximidad geográfica de los Estados Unidos que trae como consecuencia los embates de la cultura norteamericana, y el lenguaje característico de los norteros” (Parra, 2004, p. 73).

En esta puesta en escena de singularidades destacamos la construcción de una mitología que lo mismo reafirma para los norteros la presencia de personajes y espacios particulares, que permite su identificación para quienes no comparten la misma zona. Valerse de mitologías universales para asentar sus propias mitologías concede un valor extra a los nuevos héroes y a los nuevos villanos norteros, pensemos por ejemplo en la declaración de Élmer Mendoza respecto a que su protagonista por antonomasia, el Zurdo Mendieta, podría ser un héroe contemporáneo al estilo de Aquiles o de Ulises: “ese tipo de heroísmo es el que me gusta para El Zurdo, y creo que es un heroísmo que Homero nos puso como una muestra para ofrecer un héroe muy humano, de tal suerte que también muestre sus debilidades” (Mendoza en Santiago, 2021, párr. 5). La mitología enarbolada por muchos de los narradores de la literatura del norte no sólo comprende a cuasi héroes como el Zurdo Mendieta, también da cabida a sitios fundacionales como el pueblo de Santa María del Circo de David Toscana, presenta a Jesucristos reactualizados en textos como *Aparta de mí este cáliz* de Luis Humberto Crosthwaite o en “El cristo de San Buenaventura” de Parra, refiere a modernas Antígonas en las novelas de Orfa Alarcón o recrea nuevos laberintos como lo hace Parra en parte de su narrativa.

Siguiendo este sentido, es comprensible que más allá de una etiqueta comercial, la literatura del norte ponga en escena una particular dimensión simbólica del mundo, una donde es factible que se reactualicen las mitologías clásicas (grecolatinas o judeocristianas) para tratar de entender lo que no se explica de una manera lógica: la violencia, las luchas intestinas, la muerte; es entonces cuando se van moldeando nuevas

---

<sup>3</sup> “Yo soy de los que piensan que sí existe una narrativa del norte de México, con ciertos rasgos propios, así como existe una comida nortera, una arquitectura con características regionales y una música nortera ricas, variadas y que sirven de reflejo a la vida que históricamente se ha vivido en estas latitudes de manera un poco o un mucho distinta a la vida del centro y sur del país” (Mendoza, 2006, párr. 8).

odiseas al intentar cruzar al otro lado de la frontera, se alzan otras Troyas en Allende, Coahuila; en Ciudad Juárez, Chihuahua o en San Fernando, Tamaulipas, y de paso se renuevan personajes de batallas épicas cuyos nombres se repiten de boca en boca hasta convertirse en mitos contemporáneos, verbigracia: “El grande”, “El señor de los cielos”, “El jefe de jefes”, objetos de atractivo popular que se hacen presentes en corridos, series y leyendas urbanas.

La frontera norte y sus personajes más asiduos se han convertido en mitos recurrentes que la narrativa mexicana no ha pasado por alto, por eso Crosthwaite, Parra o Yépez escriben acerca de los infiernos que deben sobrepasarse para poder acceder a Estados Unidos, país que puede no ser el paraíso prometido, pero sí considerarse una vía de escape para lo que sucede en México o en Centroamérica. Sabedores de ello, es común que estos y otros narradores representen a la frontera como un territorio del que no todos logran salir, o, mejor dicho, como una zona donde los migrantes suelen quedar atrapados. En la literatura de Parra están los individuos que sueñan con “pasar al otro lado” sin poder lograrlo, y en el otro extremo, están los paisanos radicalizados en Estados Unidos que tienen raíces (historia personal, lengua, familiares) en México, motivo por el cual no terminan por ir hacia adelante. De un modo u otro, estos personajes ven a la frontera como un vericuerdo, nunca como una vía unidireccional que implique procesos sencillos.

El autor se pronuncia a este respecto en uno de los cuentos de su libro *Desterrados* (2013), es en “El caminante” donde Parra plasma una frontera laberíntica que nosotros conoceremos gracias a los dichos de un migrante desesperado, un hombre que tratando de comprender por qué su camino hacia Estados Unidos se ha vuelto una senda sin fin, imagina que el camino que tiene frente a sí está vivo y guarda maliciosas intenciones para todos aquellos que se animan a andarlo:

el camino no sólo es infinito: es un ser vivo. Un dios iracundo que no suelta lo que engulle [...] Un dios caprichoso. Cuando lo desea se ramifica, multiplicándose en veredas y senderos, para más adelante reunir los brazos de nuevo en uno solo, en zigzag a ratos, ahora recto, enseguida curvo, ascendente o descendente. Transforma el paisaje a sus flancos según su arbitrio: arena yerma del llano, selvas rumorosas, lomeríos enraizados de cactus y magueyes, valles lacustres, despeñaderos, planicies y hondonadas. Y si se le agotan las fuerzas, inicia otra vez. (Parra, 2013, pp. 13-14)

En la obra de Parra la franja fronteriza de 3200 km que comparten México y Estados Unidos no se entiende como una línea divisoria común, sino como una suerte de laberinto inexpugnable,<sup>4</sup> un limbo lleno de monstruos representativos (los coyotes que abandonan a las personas en pleno camino, los miembros del crimen organizado que los extorsionan o los narcotraficantes que los reclutan) que impiden a los migrantes llegar al final de México y al inicio del sueño americano.

De esta mirada laberíntica de la frontera hablaremos enseguida, cuando veamos no sólo que el símbolo es una constante en su narrativa, sino también porque apuntaremos que, avanzando en su tratamiento del laberinto, en su más reciente novela Parra parece actualizar el mito cretense cuando un nuevo minotauro acecha a sus víctimas en un pueblo donde el narco extermina a los habitantes, personas inocentes que quedan atrapadas toda vez que los caminos del pueblo conducen al mismo punto: la muerte.

#### EL LABERINTO EN LA OBRA DE PARRA

El norte, la violencia y la migración son parte importante de la poética de Parra, que no las únicas directrices, estos temas enmarcan algunos de los cuentos más representativos de las antologías mencionadas antes y de textos como *Parábolas del silencio* (2006) y *Desterrados* (2013), y claro, de la trama de su novela debut *Nostalgia de la sombra* (2002). Este texto es un parteaguas en su producción no nada más porque luego de haber enfocado su narrativa exclusivamente a la cuentística, el autor acometía por vez primera una historia de largo aliento, sino porque en *Nostalgia de la sombra* se atisba una inaugural mirada hacia el laberinto, símbolo al que poco a poco iría poblando de personajes.

---

<sup>4</sup> Pensemos en los miles de indocumentados que encuentran la muerte intentando cruzar la frontera norte, ya sea a través del río Bravo o atravesando las condiciones extremas del desierto de Arizona. Según la plataforma electrónica de Humane Borders/Fronteras compasivas (organización sin fines de lucro que apoya el camino de los migrantes proporcionando estaciones donde puedan hidratarse), sólo en la zona del desierto de Arizona se reportaron más de 3244 migrantes fallecidos entre el 1 de octubre de 1999 y el 30 de abril de 2018. Y es que la geografía del desierto condena a quienes la recorren a sufrir temperaturas que alcanzan los 50° centígrados y a andar por sendas que obligan a caminar sin rumbo. Información disponible en: <https://humaneborders.org/migrant-death-mapping/>. Estos números son apenas un doloroso estimado pues entendemos que la cifra es mayor en tanto no todos los cuerpos son recuperados.

La novela cuenta acerca de Bernardo de la Garza, un periodista con anhelos de escritor cuya vida da un giro al matar a un hombre, de ahí en adelante Bernardo se deja llevar por episodios de violencia cada vez más frecuentes y su cabeza se convierte en una red de pasadizos en donde se le confunde el tiempo, la realidad con la ficción que le gustaría escribir, su identidad, los recuerdos y los paisajes por donde se traslada. En esta novela Parra mantuvo su preferencia por presentar conflictos fronterizos que trascienden la violencia y el crimen, y aunque sus críticos suelen considerar que en sus obras “always appear against the background of an omnipresent violence, invariably envisioned in Parra’s poetics” (Bialowas, 2007, parr. 1), el autor refiere la violencia no como una premisa dada de antemano sino como un elemento que es parte natural de las historias que quiere contar, tramas en donde los actos violentos pueden presentarse bajo diferentes tonos y grados, pero que difícilmente pueden ser eludidos en una sociedad como la nuestra.

Por eso, aunque la trama se ubica en el norte y cuenta acerca de un sicario, va más allá de actos brutales y plantea el código ético de un asesino a sueldo que por momentos nos recuerda a una clase de Ulises intentando regresar a casa; sólo que este Ulises norteño comprende que el sicariato no lo hace merecedor de ninguna victoria y su futuro no le augura recompensas, de ahí que un día simplemente deja de intentar reencontrarse con su Penélope, la esposa a quien abandonó para dedicarse a matar.

Bernardo no será el único personaje atrapado en una maraña de decisiones equivocadas, Parra continúa ahondando en estos protagonistas cuya mente no puede desanudarse y en 2006 publica “*Laberinto*” un cuento donde plantea a un hombre fuera de sí que intenta huir de las siluetas y los rumores que siente le están devorando el paso luego de haber cometido un crimen. No obstante, conforme transcurre la noche y amaina la borrachera, Adrián se da cuenta que no avanzó nada porque lleva horas caminando en círculos; al sentirse perseguido por fantasmas que sólo estaban en su cabeza, sus ojos le ofrecieron un escenario irreal que le hizo creer que estaba atrapado, no obstante, a diferencia de Bernardo, él sí tendrá la oportunidad de emerger de la oscuridad. En esta misma línea está “*El caminante*”, relato donde el personaje cree que la frontera se le ha

convertido en una labra (construcción tipo caverna llena de pasadizos sin salida) y, por tanto, el camino hacia el norte aparece intransitable.

Tras estos ensayos previos y con una idea cada vez más elaborada del laberinto, en su tercera novela Parra ya no sólo plasma una confusión mental (como había probado con Bernardo, Adrián y el caminante) y configura a todo un poblado norteño como un laberinto. En esta novela el peso de la trama está en unos pocos personajes que se meten sin querer en un confuso escenario que los condena, esto porque, siguiendo a Cirlot, el laberinto simboliza el error y el alejamiento de la fuente de la vida (1992, p. 265). Parra versiona la conocida construcción arquitectónica que hace imposible o muy difícil salir de su interior y para ello focaliza el laberinto de Creta; es en esta región donde se origina el mito tal y como lo conocemos:<sup>5</sup> “Originalmente el laberinto es el palacio cretense de Minos donde está encerrado el Minotauro. Y de donde Teseo no puede salir más que con la ayuda del hilo de Ariadna. Esencialmente retenemos pues la complicación de su plano y la dificultad del recorrido” (Chevalier, 1986, p. 621).

Veintitrés años después de su debut, el ganador del premio Antonin Artaud publica *Laberinto*, una historia centrada en El Edén, un pequeño pueblo norteño cuyo sugerente nombre podría hacer pensar en un paraíso, cuando en realidad es el mismo infierno. María José Schamun afirma en este tenor: “El pueblo se llama El Edén, porque la ironía nunca es demasiada o porque lo que se pretende es resaltar el brillo dorado de un pasado imposible y una noche que arrasó con todo” (Schamun, 2020, párr. 3).

Parra elige El Edén, un poblado ubicado entre Reynosa y Nuevo Laredo, para recrear un espacio donde los problemas de las grandes ciudades norteñas (Tijuana, Nogales o Culiacán) atizan con fuerza, pues cuanto más se reduce el espacio, menores son las opciones para escapar del fuego cruzado. Privados de la tranquilidad más elemental, los pobladores no sólo deben lidiar con problemas económicos sino con situaciones de

---

<sup>5</sup> Aunque el laberinto ha estado presente en la narrativa de otras civilizaciones antiguas, es de esta cultura minoica de donde se desprenden los caracteres más conocidos del laberinto. Basta considerar que fue en Creta donde en el siglo XIX se descubrió el palacio de Cnosos, cuya complejidad arquitectónica y gravedad hacían pensar que se trataba de la sede del rey Minos, quien según el mito griego sería el que mandaría encerrar al minotauro en el laberinto construido por Dédalo.

violencia exacerbada toda vez que la promesa que late al otro lado de la frontera apura las acciones más cruentas de grupos delictivos, organizaciones que ven una puerta para el tráfico de drogas en las comunidades cercanas a Estados Unidos.

Presentando personajes al límite, el autor oriundo de León, Guanajuato, relata cómo la confrontación entre dos cárteles rivales pone al borde del abismo a cientos de pobladores que nada deben, pero sí temen, hombres y mujeres que ven arrebatada la calma a golpe de ametralladoras y amenazas cumplidas que les llegan mediante mensajes de texto: “Breve, tosco, su autor lo había escrito todo con mayúsculas y sin idea de las reglas ortográficas. Entre amenazas, decía a grandes rasgos que nadie saliera de casa, que dos bandos se iban a enfrentar esa tarde nomás para ver cuál era el más chingón, el que en realidad mandaba, que habría tiros y muertos” (Parra, 2019, p. 27).<sup>6</sup>

Pero más allá de primeros planos de nota roja, la novela se vale de una prosa poblada de recursos retóricos para dar la vuelta a la atrocidad del impacto de la violencia. De hecho, es común que los protagonistas de Parra se acojan a un profundo sentido alegórico donde la violencia se abre a una segunda significación filtrada por un conjunto de mitos propios.<sup>7</sup> La obra parriana nos advierte entonces que las grandes catástrofes ya han sido contadas, por ende, no queda sino reactualizar las mitologías para ver si en ellas encontramos maneras para entender lo que pasa y para darle sentido a las imágenes que nos rodean, a la iconografía –entendida como un sistema de imágenes simbólicas– con la que concebimos lo que somos, nos guste o no.

La presente propuesta plantea esbozar este tinte mitológico gracias al laberinto, de ahí que tracemos cómo Parra no pretende amortiguar el estruendo de las balas sino hacer que su sonido repercuta hasta hacerse eco en la reflexión de un lector que entiende que el

---

<sup>6</sup> Parra, Eduardo Antonio, (2019). *Laberinto*. México: Penguin Random House. Todas las citas provienen de la misma edición, por lo que en lo sucesivo se anotará sólo el número de página.

<sup>7</sup> Recordemos algunos relatos de Parra que cumplen con este aspecto, por ejemplo, a la vieja petrificada que espera eternamente a su hijo migrante en “La piedra y el río” (1999), a la Medea moderna encarnada por una migrante guanajuatense cuyo trabajo en una maquiladora de Juárez no le permite sobrevivir con dos hijos a cuestas en “Viento invernal” (1999), a los migrantes a quienes la frontera les roba su vitalidad y los deja como carcamales nada más ingresan a Estados Unidos en el cuento “Traveler hotel” (1999), o al pobre Prometeo que intentando robar el fuego de los dioses (o intentando alcanzar el *American Dream*) termina atado a una vera del camino en “El caminante” (2013).

caso ficcional de El Edén proviene del norte, pero de a poco la situación narrada se desborda y nos alcanza a todos. Para hacer más enérgico el eco, el laberinto parriano reconoce y reactualiza sus antecedentes y da cuenta de sus propios Teseos, Dédalos, Ícaros y Ariadnas en sus protagonistas: Darío y Norma, una pareja que se busca y se pierde por igual, un antiguo profesor de secundaria y un niño sorteando los disparos en medio de una noche eterna.

#### EL EDÉN COMO LA CASA DEL MINOTAURO

La novela inicia con la conversación entre Darío, un muchacho de unos 25 años y su antiguo maestro de secundaria, el profe, dos sobrevivientes que tras nueve años de no saber uno del otro, deciden hablar de lo único que tienen en común, la noche del cerco. Con este apelativo se refieren a la ocasión en que dos grupos criminales se enfrentaron en su antiguo pueblo para marcar el territorio con una sola consigna en mente: el pueblo sería suyo o no sería de nadie.

Ambos se reencuentran azarosamente en una cantina de mala muerte en Monterrey, ciudad a donde huyeron luego de la masacre ocurrida en El Edén. Empeñados en tratar de olvidar las horas de pesadilla, los hombres acuden a este sitio para borrar de su cabeza, a fuerza de tragos, aquel rosario de campanadas que avisaba a los habitantes del rosario de balas que estaba por llegar; cual lotófagos modernos, Darío y el ex maestro beben para no pensar más en el pasado, pero a diferencia de la flor de loto que sí lograba borrar la memoria de la tripulación de Ulises, el alcohol sólo es capaz de adormecerles la mente, no así las heridas.

El presente de la historia se teje entre su diálogo entrecortado y las constantes analepsis que dan cuenta de las atrocidades cometidas por un batallón de asesinos armados aquella noche llena de despojos, torturas, secuestros, violaciones y asesinatos. Casi una década los separa de la tragedia, pero el tiempo no sirvió para restablecer su ánimo, más bien terminó por ensombrecerlos más, confundiendo su mente hasta impedirles discernir entre las imágenes del infierno vivido y las alucinaciones producidas

por el miedo y el dolor. En este sentido, Vicente Alfonso apunta que en la novela de Parra: “si bien en el nivel de los hechos ocurren muchas cosas, los puntos más altos de tensión derivan de la zozobra emocional y psicológica de sus personajes. Por eso no es exagerado decir que el segundo laberinto al que se enfrentan Darío y su profesor es el de la memoria” (Alfonso, 2020, párr. 4).

Intentando aclarar la enmarañada cabeza, Darío habrá de contar al profesor partes de su odisea durante las horas de la refriega y éste habrá de ir recuperando datos de El Edén que creía perdidos en el montón de pasadizos oscuros en los que terminó convirtiéndose su conciencia luego de la masacre: “Su relato me jaloneaba la memoria trayendo al presente lo que durante tanto tiempo yo había tratado de borrar. Desde mi segundo año en Monterrey me negué a responder a los correos electrónicos de amigos y dejaba que el timbre del teléfono sonara hasta la desesperación sin contestarlo, convencido de que un pueblo y sus habitantes se olvidan rápido sin el trato frecuente” (p. 17). La memoria del profesor de secundaria se reinicia con las palabras del muchacho porque por más que quiso pasar por alto las consecuencias que habían dejado los narcos en los sobrevivientes, bastó con que Darío abriera un poco la vieja herida para que ésta sangrara de nuevo.

Después de que Darío da su versión del ataque, sabremos que los pobladores tuvieron que contar a sus muertos y empezar a buscar a los desaparecidos, casi siempre con resultados aciagos, recapitulando algunos casos, el profe recordará el momento en que uno de sus alumnos encontró los restos de su padre: “El granadazo le había arrancado las piernas y casi toda la piel del rostro, al grado de que su hijo reconoció el cadáver por la camisa y un crucifijo en el cuello. Fue uno de los daños colaterales de esa batalla” (p. 37).

Parra reconoce en la entrevista con Enrique Mendoza Hernández, que el germen para escribir *Laberinto* fue lo que sucedió en 2010 en Ciudad Mier, un pueblo mágico de Tamaulipas convertido en uno de los muchos pueblos trágicos del norte de México, esto porque debido a su ubicación en la franja fronteriza, dos de los cárteles más poderosos

(Los Zeta y el del Golfo) pelearon durante meses por hacerse del control de la zona.<sup>8</sup> A este respecto, el propio autor menciona que tras la noticia nacional en que se convirtieron los hechos ocurridos en Ciudad Mier, se propuso escribir para no olvidar a los muertos, sobre todo porque en este país somos de memoria corta. “Quise explorar al ser humano que acaba de pasar por un trauma horroroso, qué secuelas deja en estas personas ese trauma, esa exposición a la violencia, por un lado; y por otro lado, cómo queda grabado en la memoria, cómo la memoria se va modificando de alguna manera también” (Mendoza, 2020, párr. 9).

Varias crónicas y artículos periodísticos dan cuenta del infierno que vivió este pequeño poblado tamaulipeco entre febrero y diciembre de 2010, textos donde, entre otras cosas, se refirieron las cabezas alineadas en el quiosco del pueblo a modo de advertencia. Tras lo ocurrido, Ciudad Mier se convirtió en un pueblo fantasma en el que hoy crecen las hierbas y sólo se puede ver a los halcones o vigías del narco patrullando lo poco que queda. Tomando como base aquella devastadora realidad, Parra ficcionaliza el escenario, crea personajes para habitarlo y configura un laberinto como sede para la noche del cerco.

En la versión de Parra el minotauro se traga el cuerpo y la mente de los habitantes mientras los pocos que sobreviven terminan sirviendo a las necesidades del monstruo; no obstante, a diferencia del cretense, en Ciudad Mier y sobre todo en El Edén retratado por Parra, no hubo un ser mitológico mitad hombre mitad toro que finalmente fuera derrotado gracias a la astucia de Ariadna y el valor de Teseo; el de la novela es un híbrido con decenas de cabezas, un monstruo armado hasta los dientes a quien ya nadie espera vencer porque Dédalo no ha construido nada trascendental que ayude a dominar a la bestia, Teseo está tan malherido que apenas si puede mantenerse en pie, Ícaro se ha

---

<sup>8</sup> Una de las más sangrientas masacres atribuidas a cárteles sucedió en Ciudad Mier, luego la violencia seguiría en el resto del país. Hoy bastaría abrir el periódico para darnos cuenta que El Edén también podría ser Aguililla en Michoacán, Celaya en Guanajuato, Reynosa en Tamaulipas o Teocaltiche en Jalisco, poblado donde apenas hace unos meses, al menos 600 de sus pobladores huyeron definitivamente de su comunidad debido al enfrentamiento entre distintos cárteles (Flores, 2020, párr. 1).

quemado las alas incluso antes del vuelo y Ariadna ha sido violentada de la forma más cruel.

#### LOS NUEVOS DÉDALOS, ÍCAROS, TESEOS Y ARIADNAS

La estructura compleja del laberinto se apodera del pueblo, así como de la mente lacerada de sus protagonistas, hombres y mujeres sin posibilidades de salir bien librados. Por ejemplo, el antiguo profesor de secundaria de El Edén se acerca a la figura mitológica de Dédalo en el entendido de que ambos hombres hacen lo posible por crear un muro de contención para la barbarie, sin embargo, fracasan en su intentona. El célebre artesano ateniense construye un laberinto que rodea a Asterion para impedirle salir, mientras desde el salón de clases el maestro procura forjar el pensamiento de sus alumnos para que no terminen siendo seducidos por los grupos delictivos que los reclutan como soldados. No obstante, uno y otro constructor terminarán atrapados en su propia obra, las paredes del laberinto habrán de doblegarlos y mientras Dédalo ve morir a Ícaro en la huida, el profesor pierde a todos sus alumnos. Después de la noche del cerco se malogra la pasión por su profesión y de paso, por la vida, o al menos eso le confesará a Darío casi al final de la borrachera que comparten: “Sí, estoy cansado, rendido, muerto, me dijo. Harto de nomás sobrevivir. De llevar una existencia que no me correspondía. La que planeé desde la juventud y quedó trunca por culpa de otros. Esa donde debí ser feliz viendo cómo mis alumnos terminaban de formarse y salían a construir un mundo distinto a éste” (p. 243).

Inútilmente, Dédalo y el profe insistieron a los más jóvenes en que no se acercaran al brillo del sol porque terminarían quemados, pero Ícaro y sus estudiantes pasaron por alto la sabiduría de ambos hombres y dado que nadie los escuchó, sus respectivas obras se cayeron a pedazos. Ante la mirada impotente de dos artesanos que buscaron imprimir un sello personal a sus respectivas obras, Dédalo y el maestro de secundaria vieron cómo se destruían.

Ahora bien, continuando con el pase de lista de los personajes mitológicos versionados en *Laberinto*, hay que mencionar a Egeo; el Teseo de Parra también tiene un padre que se ha visto orillado a aceptar el tributo reclamado por quienes ostentan el poder, y es que en búsqueda de preservar el pacto de no agresión que los malandros le ofrecen a cambio de entregarles dinero periódicamente, el Egeo de Parra pierde la batalla desde el inicio. La intimidación empieza por las extorsiones, al padre de Darío, Silverio, le toca ser de las primeras víctimas, como confiesa a su amigo, el profe, antes de la noche del cerco:

Yo hice el primer pago, respondió. Tras la madrina rumié el coraje durante la semana pensando en el modo de desquitarme, de mandarlos a la chingada. Llegó el día y apareció el mentado Pelusas. Lo vi y saqué los billetes sin chistar [...] Cuando se fue me asomé a la calle. Después de mi tienda se metió en la maquinaria agrícola, la de Ramiro, y de ahí se fue al consultorio del doctor Rivera. Cada uno pagó su cuota. Eso hizo que el coraje se me apaciguara. ¿mal de muchos? Sí, ya sé, consuelo de pendejos. Qué quiere, profe, así son las cosas. (p. 51)

Pero pronto las amenazas y los golpes se convierten en matanzas a diestra y siniestra, la escalada de violencia no habrá de cesar para el pueblo, y Silverio verá como su próspero negocio es arruinado al ser incapaz de satisfacer las cuotas exigidas por los narcotraficantes. Como se han quedado sin opciones, Silverio y todos los demás padres de familia deberán resignarse a perder a inocentes que de tanto en tanto son sacrificados para calmar el ímpetu del minotauro y las ansias de venganza de un Minos con cara de criminal. Como antes lo ha hecho Egeo, los padres de El Edén serán testigos de cómo los más jóvenes son sacrificados por un monstruo que devora a quienes se pierden en su laberinto, así, sin que ninguna autoridad intervenga para ayudar a los ciudadanos, a Silverio no le queda sino murmurar que ojalá los próximos sacrificados no sean sus tres hijos.<sup>9</sup>

Todo El Edén ha supuesto que sobrevivir significa obedecer, aunque eso sólo represente meterse más profundo en el pasadizo inescrutable al que los han orillado a vivir los cárteles. Justo esa desesperación se percibe la noche del cerco, cuando la

---

<sup>9</sup> Según la versión clásica del mito, cada cierto tiempo eran llevados 14 jóvenes al laberinto cretense, 7 doncellas y 7 muchachos atenienses que terminaban siendo devorados por el monstruo hijo de la reina Pasífae y del gran toro de Creta.

oscuridad, el humo de los incendios provocados y el miedo hacen ir a tientas a quienes se han salvado del ataque; buscando un lugar medianamente seguro, éstos terminan dando vueltas en círculos o perdiendo la brújula pues no pueden encontrar el camino a casa, entre ellos están Darío y su amigo Jaramillo. Un lugar tan pequeño como El Edén, donde todos saben dónde vive el maestro de la escuela o cuántas calles separan su hogar de la carretera, se vuelve una maraña que no deja ver nada y donde apenas si se oye la propia respiración entrecortada y, cada vez más cerca, las balas de los que disparan desde las camionetas negras: “Algunas balas rompieron el sillar cerca de mis piernas deprendiendo fragmentos de piedra y polvo, otros daban en los troncos, agujeraban las hojas o nomás silbaban en el aire. Nos querían matar, profe, y ni siquiera sabíamos quiénes éramos” (pp. 180-181).

Víctima de aquel laberinto de llamas amenazantes es también Santiago, el hermano menor de Darío. Durante los primeros minutos del ataque el chiquillo ve cómo la casa de su amigo es destruida y sus moradores asesinados, tras eso, huye sólo para perderse con rapidez en el enredo insondable de calles y escombros. Casi resignado a morir en manos de los malandros, el niño se topa con un perro que le sirve de guía y con una renovada confianza alimentada por el instinto de supervivencia del animal, Santiago termina resguardándose en la propiedad de los Zapata, finca a donde también va a parar un malherido Darío.

Estos dos hermanos habrán de salvar el pellejo, no así la cabeza repleta de escenas que terminaron por quemarles las alas, cual Ícaros. Quedándose sin posibilidades de ser libres, los muchachos eventualmente lograrán salir de El Edén junto con el resto de su familia, pero el monstruo que vivía en el Edén no saldrá de ellos pues, parafraseado a Roberto Pliego, los sobrevivientes de la novela están condenados a recordar la muerte en cada respiro. Darío, por ejemplo, confesará a su antiguo profesor: “Quien ve su pueblo natal destrozado por las explosiones, por los incendios, por el paso de la guerra, no puede volver a ser el mismo, dijo. [...] Quien ve los cadáveres destripados de sus conocidos, de sus amigos, de sus seres queridos, tiene que intentar convertirse en otro; dejar eso atrás. Éste es el que soy ahora, profe. Una ruina, un fantasma, igual que El Edén” (p. 119).

Mientras Darío llama guerra a lo que tuvo que soportar esa noche, el profesor recuerda que mientras huía de la refriega atestiguó una serie de imágenes sacadas del infierno, lo mismo se topó con cadáveres desmembrados que con niños pequeños jugando con los despojos, retratos de una matanza que sólo serían comparables a los que antes había admirado en los grabados de su edición de la *Divina comedia*.

Del tamaño de la guerra y del infierno de Dante es el peso de la catástrofe que estos dos hombres llevan sobre los hombros, por eso no es gratuito que todo su futuro hubiera terminado malogrado; el prometedor muchacho será una sombra de sí mismo, subsistiendo gracias a un trabajo mediocre para acabar sus días en una vulgar cantina, sin guardar contacto con su familia y sin mayores expectativas a los veinticinco años; lo único que parece animarlo un poco es esperar que acabe el turno de la prostituta de la esquina para irse con ella. Ni sus buenas notas en la secundaria o sus habilidades deportivas le depararon un futuro a Darío, éste acabó haciéndose cenizas como se hizo cenizas la escuela que destruyen los narcotraficantes para demostrar que podían hacerlo, porque atacar la escuela fue un signo de que en ese pueblo no podría hablarse más acerca del futuro de los jóvenes.

Ahora bien, a diferencia de Teseo, hay que decir que Darío no es ningún héroe ateniense porque mientras uno se enfrentaba al peligro y buscaba al monstruo para matarlo, el otro huye como puede de las balas; es más, Darío no salva a nadie, ni a su hermano a quien encuentra por azar, ni a su novia que se pierde justo frente a sus ojos cuando sale corriendo aterrorizada en medio de los disparos, ni a su amigo Jaramillo que muere sin que pueda hacer nada para evitarlo. A Darío le tocan las esquirlas sin tratamientos heroicos de por medio, de hecho, se da por vencido y termina preguntándose: “Qué caso tiene rescatar a Santiago? ¿Encontrar a Norma? Si no morían esa noche, morirían a la siguiente o un poco más tarde. Después de ver volar la casa de la esquina, de ver cómo las granadas arrojadas a las azoteas convertían los techos en toneladas de cascajo, ¿podía estar seguro de que al volver a mi calle aún tendría hogar y familia” [...] Mejor la inmovilidad. La vida, como dice esa canción que no entendí hasta esa noche, no valía nada” (p. 137).

Pero si este Teseo del *Laberinto* no es divino, la Ariadna parriana lo es menos. La heroína mitológica, enamorada y solidaria con la misión del Teseo clásico, se las ingenia para entregarle un ovillo de oro con el fin de que desenrede el hilo mientras va caminando por el laberinto, esta guía finalmente le permitirá hallar la salida del mismo una vez que derrota al ser mitad toro. La Ariadna de la novela no tiene una idea tan brillante porque en el fondo sabe que no importa cuánto se esfuercen, Asterión habrá de encontrarlos primero para asesinarlos con saña. Y aunque al inicio Norma se envalentona al ver el ímpetu de Darío por salir a buscar a Santiago, conforme transita por el laberinto se da cuenta de que ni quiere ni puede ayudar a su novio porque en realidad está muerta de miedo. Enfatizando las diferencias con el linaje de la princesa Ariadna, la novela hará hincapié en la cobardía y en la falta de nobleza y abuelengo de una chica que era más bien despreciada por la gente del pueblo, vecinos que incluso la tachaban de mujercuela por haber tenido relaciones sexuales con su novio. Norma no es la compañera perfecta para un joven con una misión heroica, sin embargo, Darío tampoco es ningún salvador, en consecuencia, podría decirse que Norma y Darío son el uno para el otro porque él es no es sino un remedo de héroe y ella es una cobarde.

La historia mitológica indica que Teseo y Ariadna se separaron, algunas voces dictan que él la abandonó en una isla y otras versiones dicen que ella bajó del barco en el que se transportaban rumbo a Atenas y Teseo emprendió la marcha sin darse cuenta que la dejaba atrás, pero de un modo u otro, no hay un final feliz para la pareja. Algo similar sucede en la novela pues si bien Darío no abandona a su novia a su suerte, su búsqueda fracasa y ellos no habrán de reconciliarse en el futuro inmediato. Norma desaparece de El Edén porque no la rescata nadie, al contrario, es interceptada, violada y raptada por los criminales, narcos que no reparan en los gritos de la chica pidiendo que ya no la lastimen y mejor la maten de una vez.

Esta Ariadna no saldrá indemne, sin embargo, aunque no está claro cómo y cuándo vuelven a verse, parece ser que el muchacho la localiza después de algún tiempo, con lo cual se confirma una única similitud de la Ariadna clásica con Norma, quien en un sentido

figurado ha logrado darle a su Teseo una especie de guía, un hilo que Darío logra seguir hasta Monterrey, lugar donde el profe los reconoce muchos años después.

Todo parece indicar que siguen siendo pareja tras el infierno que estalló en El Edén, o eso cree el profesor cuando al finalizar el encuentro fortuito con Darío, lo ve marcharse de la cantina con una prostituta que le recuerda mucho a Norma. Borracho como está, cree reconocer en esa cara madura la sonrisa de la joven, sonrisa que se sobrepone a los gestos falsos que acompañaron a la prostituta durante su jornada. Mientras se marchan, el profe entiende que quizá a pesar de todo lo que perdieron, algo ganaron Norma y Darío al reencontrarse, o tal vez es sólo su deseo por darle un poco de sentido a lo que no lo tiene, un dejo de luz al final del laberinto: “Él le dijo unas palabras al oído en tanto le besaba el cuello. Ella soltó una carcajada corta y entonces, a pesar de la distancia, me pareció ver que en sus ojos borrados brillaba un relámpago de alegría” (p. 262). Lo más probable es que Darío simplemente eligiera a una prostituta para terminar la juerga, pero también cabría la posibilidad de que la pareja se hubiera mantenido unida, pues, como sobrevivientes que eran, habían aprendido a lamerse las heridas y a compartir las derrotas.

#### CONCLUSIONES

Si bien Eduardo Antonio Parra no se ha propuesto versionar en su totalidad el mito del laberinto de Creta, no es menos cierto que en su última novela construye, cual Dédalo, un camino enredado donde sus personajes son presas de la confusión mental y la desorientación. Con esta novela el autor nos recuerda que los laberintos no siempre están hechos de paredes y pasillos pues un pueblo otrora edénico también puede ser un pasadizo hecho del terror más puro, ese donde minotauros imaginarios logran salir de la cárcel que antes los recluía y ante la desesperación de los ciudadanos, el Asterion encarnado por los narcos encierra en el laberinto a los inocentes. Como el rey Minos cuando sitió a Creta para vengarse de la muerte de su hijo, los narcotraficantes sitian al pueblito norteco, estos sicarios que siembran la tierra de caos y tragedia provocan la

destrucción que hace pronunciar a Jaramillo: “Mañana el panteón va a tener que agrandarse. Desde hoy El Edén tiene más muertos que vivos” (pp. 144-145).

Con su última novela Parra nos pone frente a la imagen de un laberinto que podríamos encontrar en la primera plana del periódico, anticipando que esa clase de batallas memorables de las mitologías también tienen lugar en nuestras comunidades, sólo que a nuestras luchas les faltan los fuegos fatuos que visten la historia del laberinto cretense, porque aquí y ahora los villanos son reales, sólo que su crueldad la tratamos de explicar a través de símbolos antiguos o equiparándolos con monstruos porque parece que es la única manera de tener precedentes conocidos. En su relectura del mito, Parra propone una reactualización narrativa en donde no habrá un monstruo caído al final del combate, en El Edén nadie vence a los malos y la lucha se extiende encarnizada más allá del poblado. Despojando a sus protagonistas del carácter heroico de Teseo, el poder de Egeo, la virtud de Ariadna, la ambición de Ícaro o el talento de Dédalo, sus personajes más bien se quiebran y donde antes existieron héroes legendarios, quedan seres humanos comunes y corrientes, por eso no extraña que en su novela los posibles héroes estén vencidos incluso antes de iniciar la batalla, por lo que sin nadie que nos salve de la catástrofe, sólo resta verlos fracasar.

El laberinto de Creta es versionado en El Edén, por eso a diferencia del mito griego, el Asterion de Parra no es un ser inocente, no vive encerrado contra su voluntad en una prisión hecha para contenerlo ni es orillado a pelear por su vida al ser la víctima de su propia casa, en la novela el monstruo se jacta de su malicia porque se siente cómodo en el laberinto que él mismo ha creado para atrapar a otros; algunas mitologías señalan que las construcciones arquitectónicas como la del laberinto funcionaban para engañar a los demonios y hacer que éstos entraran en ellos, quedando presos en su interior; en El Edén sucede al revés, los demonios sí son capaces de salir de la trampa y las víctimas no hacen sino devanar sin éxito o volver sobre sus pasos una y otra vez. Si esto es así, en *Laberinto* los personajes no sólo son presa de la angustia de saber lo difícil que será salir de la violencia que los rodea y les cierra las salidas, además deben lidiar con la certeza de que una vez dentro, el problema no será encontrar la salida, sino salir vivos.

Tras lo dicho hasta aquí, el laberinto de Parra parece hacer honor a sus antecedentes, a los dos cretenses, de Cnosos y Gortina, al etrusco en Clusium, al egipcio en Mocris o al laberinto de la isla griega de Lemnos, todos los cuales simbolizaron por igual el horror de sentirse perdidos e incapaces de encontrar el hilo que permita orientarse. El autor sabe tejer con maestría este horror a través de un lenguaje coloquial, franco y sonoro que entre regionalismos y tintes norteños nos permite reconocer, más allá del lenguaje de las balas, la plasticidad de una mitología propia, una en la que se alza el Norte ya no como la imagen de la puerta del cielo, sino como la entrada al mismísimo Tártaro.

#### BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR SOSA, YANET. (2007). "Lo que escribo lo debo a mis abuelas", *Otro lunes. Revista hispanoamericana de cultura*, núm. 3. Recuperado de <<http://www.otrolunes.com/hemeroteca-ol/numero-03/html/cuarto-de-visita/cuarto-de-visita-n03-a01-p01-2007.html>>
- ALFONSO, VICENTE. (14 de marzo de 2020). "En los laberintos de la memoria", *El Universal, Suplemento Cultural Confabulario*. Segunda época, 14 de marzo. Recuperado de <<https://confabulario.eluniversal.com.mx/eduardo-antonio-parra-laberinto-2/>>
- BIALOWAS POBUTSKY, ALDONA. (2007). "The Thrill of the Kill: Pushing the Boundaries of Experience in the Prose of Eduardo Antonio Parra", *CiberLetras: revista de crítica literaria y de cultura*, núm. 17, Oakland University. Recuperado de <<http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v17/pobutsky.htm>>
- CHEVALIER, JEAN. (1986). *Diccionario de los símbolos*, Barcelona: Editorial Herder.
- CIRLOT, JUAN EDUARDO. (1992). *Diccionario de los símbolos*. Madrid: Editorial Labor.
- FLORES, SIBONEY. (10 de mayo de 2021). "Suman 600 pobladores desplazados en Teocaltiche, Jalisco; se fueron por 'precaución', dice gobernador", *Animal político*. Recuperado de <<https://www.animalpolitico.com/2021/05/teocaltiche-jalisco-pobladores-desplazados-gobernador/>>
- LEMUS, RAFAEL. (2005). "Balas de salva", en *Letras Libres. La vida en tiempos de narco*. Núm. 81. Recuperado de <<https://letraslibres.com/revista-mexico/balas-de-salva/>>

MENDOZA HERNÁNDEZ, ENRIQUE. (2006). "Parra y el norte", *Zeta Tijuana*. Recuperado de <[http://www.zetatijuana.com/html/EdcionesAnteriores/Edicion1707/Cultura\\_ParraYEINorte.html](http://www.zetatijuana.com/html/EdcionesAnteriores/Edicion1707/Cultura_ParraYEINorte.html)>

\_\_\_\_\_. (2020). "Vivimos en un país acostumbrado a la amnesia: Eduardo Antonio Parra sobre su última novela *Laberinto*", *Sinembargo*, 24 de agosto. Recuperado de <<https://www.sinembargo.mx/24-08-2020/3848583>>

PARRA, EDUARDO ANTONIO. (2004). "El lenguaje de la narrativa del norte de México", *Revista de crítica literaria latinoamericana*, año XXX, núm. 59, pp.71-77.

\_\_\_\_\_. (2005). "Norte, narcotráfico y literatura", en *Letras libres*, Año 7, núm. 82, pp. 60-61.

\_\_\_\_\_. (2013). "El caminante", en *Desterrados*, México: Era, pp. 11-16.

\_\_\_\_\_. (2019). *Laberinto*. México: Penguin Random House.

PLIEGO, ROBERTO. (2020). "La noche del cerco", *Milenio*, 10 de enero. Recuperado de <<https://www.milenio.com/cultura/laberinto/laberinto-eduardo-antonio-parra-critica-libro>>

SANTIAGO, JESÚS ALEJO. (2021). "Élmer Mendoza revela los secretos de «El Zurdo» Mendieta, «un héroe tipo Aquiles»", *Milenio*, 20 de abril. Recuperado de <<https://www.milenio.com/cultura/literatura/elmer-mendoza-revela-secretos-zurdo-mendieta>>

SCHAMUN, MARÍA JOSÉ. (2020). "«Laberinto»: La magnífica novela del mexicano Eduardo Antonio Parra", *Cine y literatura. El primer diario de crítica cultural en Sudamérica*, 31 de agosto. Recuperado de <<https://www.cineyliteratura.cl/laberinto-la-magnifica-novela-del-mexicano-eduardo-antonio-parra/>>

TORRES, VICENTE FRANCISCO. (2007). "Eduardo Antonio Parra: polleros y serafines". *Esta narrativa mexicana*, 1ª ed. 1991. México: UAM/ Ediciones EÓN, pp. 429-439.